

Hipótesis peligrosas sobre educación inicial



JUAN CARLOS TEDESCO
Universidad Nacional de
San Martín (Argentina)

Desde hace algunos años se ha generalizado el consenso acerca de la importancia de la educación desde los primeros años de vida. Muchos países ya han incorporado a sus leyes educativas la obligatoriedad de la educación inicial. En algunos casos, la obligatoriedad es tanto para el Estado como para la familia. En otros, en cambio, es solo para el Estado. Asimismo, los resultados de investigaciones recientes acerca del impacto de una educación temprana de buena calidad en los logros de aprendizaje escolar, confirman algo que ya sabíamos desde hace tiempo: la universalización de este ciclo de enseñanza es condición necesaria para alcanzar simultáneamente los objetivos de calidad y equidad que se proponen para el funcionamiento del sistema educativo.

Los debates entre quienes se proponen impulsar la universalización de la educación inicial se dirigen habitualmente a definir qué tipo de oferta pedagógica es la más adecuada, cómo formar al personal docente, cómo supervisar las acciones que se desarrollan al margen del sistema formal, cómo gestionar

la necesaria articulación entre las diferentes dimensiones de los programas de este tipo donde, además del sector educación, intervienen los responsables de las políticas de salud, desarrollo social y empleo, entre otros. Además de la dimensión pedagógica e institucional, en estos debates ocupa un lugar fundamental el tema del financiamiento de las políticas de universalización de la educación inicial. Hasta aquí, todo parece claro e indiscutible.

Recientemente, sin embargo, han aparecido algunas voces que –apoyadas en el carácter crucial de los primeros años de vida en el desarrollo personal de los sujetos– abren la discusión acerca de la utilidad (o inutilidad) de invertir en la formación de aquellos que no recibieron oportunamente una buena educación inicial. Según este razonamiento, sería muy difícil o imposible revertir los efectos cognitivos de un déficit educativo en los primeros años de vida. Las consecuencias políticas de estas hipótesis son evidentes: lo aconsejable sería diseñar políticas especiales para este sector de población, cuyos integrantes pasarían a ser considerados como una categoría especial de “discapacitados” para el aprendizaje. Es interesante constatar que esas mismas voces sostienen que la irreversibilidad para la recuperación de habilidades cognitivas no se aprecia, en cambio, cuando se analizan habilidades no cognitivas tales como la obediencia a

la jerarquía y la disciplina, que se pueden adquirir en etapas posteriores del proceso educativo formal.

Las teorías justificatorias de políticas destinadas a segmentar la oferta educativa según origen social, étnico o cultural, tienen una larga historia. Sus argumentos han adquirido cada vez mayor grado de sofisticación, a medida que la universalización del sistema educativo va

Hay quienes dicen que es difícil o imposible revertir los efectos cognitivos de un déficit educativo en los primeros años

eliminando barreras. La novedad es que las hipótesis sobre el carácter irreversible del déficit cognitivo sufrido en la primera infancia se apoyan en algunos aportes de investigaciones neurocientíficas, que están adquiriendo una significativa importancia. Estimo crucial, sin embargo, mantener un alto grado de prudencia en la extrapolación de resultados de investigaciones a la formulación de políticas públicas. A respecto y sin salir de la lógica científica, es posible postular que otras investigaciones en el campo de las neurociencias dicen, por ejemplo, que contrariamente a lo que se sostenía hasta hace muy pocos años, el capital neuronal

de las personas no disminuye a lo largo de la vida, sino que es posible producir permanentemente nuevas neuronas a partir de células madres y que el aprendizaje es un factor fundamental en este proceso de enriquecimiento.

Si algo han demostrado las neurociencias es la significativa plasticidad del cerebro. Esta plasticidad puede ser desarrollada tanto para profundizar nuestra capacidad cognitiva como para disminuirla. Cuando pasamos del ámbito científico al campo de las políticas es necesario asumir que introducimos nuevas variables y, fundamentalmente, introducimos el sentido y la voluntad. Condenar a una porción significativa de las nuevas generaciones a un destino de segunda clase es una decisión política de claro contenido regresivo. En todo caso, lo importante sería que las investigaciones neurocientíficas orienten sus indagaciones hacia el descubrimiento de cómo podemos recuperar rápidamente las carencias cognitivas producidas por un orden social injusto en las primeras etapas de la vida de las personas que hoy sufren esos déficit, en lugar de aceptar pasivamente la situación.

Impulsemos políticas activas de universalización de una educación inicial de buena calidad y, al mismo tiempo, innovemos e investiguemos cómo recuperar el déficit de los primeros años de vida en aquellos a los cuales no se les brindó esa posibilidad.